

» exija. Este es el único medio de conservar
» el trono del Mazanderan, si alguno hay : en
» otro caso, desespere de tu vida, como Arzeng
» y el Deva blanco. »

Concluida la carta por el escribano, el rey la selló con un sello de almizcle y ámbar, y llamó á Ferahd, que empuñaba una maza de hierro. Era Ferahd hombre señalado entre los grandes del país, activo y que no temia las fatigas. Kaus le dijo : « Toma esta carta llena de buenos consejos, y llévala á aquel Deva que ha huido de sus cadenas. » Ferahd, luego que oyó las palabras del rey, besó la tierra, llevó la carta, y llegó junto á una ciudad cuyos habitantes tenían piés flexibles y eran jinetes llenos de perseverancia. No se veía allí ninguna persona sin piés de cuero, y de ellos tomaban sobrenombre hacía muchos años. En aquella ciudad residia el rey del Mazanderan con sus valientes y guerreros. Ferahd envió uno que le anunciase, y cuando el rey supo que un legado inteligente venía de parte de Kaus, se adelantó á recibirle, eligió grande acompañamiento de valientes y de leones del Mazanderan para que le saliesen al encuentro, y *los escogió* en su ejército uno despues de otro, esperando de ellos honor. Les dijo : « Es necesario que os despo- » jéis hoy de vuestra calidad de hombres y que » os revistáis de la de Devas, tomando el porte » del tigre y apoderándoos del jefe de esos » sabios. » Se presentaron á Ferahd con la frente arrugada ; pero les salieron vanos sus deseos, pues en cuanto estuvieron cerca del valiente Ferahd, uno de los grandes, acostumbrado á vencer, le cogió la mano, y se la estrechó, oprimiéndole las fibras y los huesos ; mas el rostro de Ferahd no se puso pálido de miedo ni enrojeció con el dolor. Entónces le condujeron á la presencia del rey, el cual le pidió noticias de Kaus y le habló de las fatigas del camino ; en seguida colocó la carta ante un escribano y se esparció sobre la seda vino y almizcle. El mobed leyó la carta, y su contenido conmovió al rey guerrero.

Quando supo *las grandes hazañas* de Rustam y la suerte que habia cabido al Deva, se le llenaron los ojos de sangre y el corazón de dolor. Dijo para sí : « El sol va á desaparecer, » vendrá la noche ; pero no disfrutaré sueño » ni reposo. Rustam no dejará en paz al mundo, » y su nombre no permanecerá en la oscuri- » dad. » Se acordó de la muerte de Arzeng, de la del Deva blanco, de las heridas de Rid y de Pulad, hijo de Gandi. Terminada la lectura de la carta, sus dos ojos se bañaron de la sangre de su corazón. Durante tres dias tuvo consigo á Ferahd en clase de huésped, y con él á sus grandes y amigos, y al cuarto dia le dijo : « Vuelve adonde está ese joven rey desprovisto » de razon, y lleva á Kaus esta respuesta : » ¿Cómo pudiera el agua del mar igualar al » vino? ¿Soy yo acaso hombre á quien pueda » decirse : — Deja el país donde tienes tu trono » y ven á mi corte? — Yo poseo un trono mas

» elevado que el tuyo ; rodean mi corte mil » veces mil guerreros, y adonde quiera que » vayan á combatir, no quedará piedra, color » ni perfume. Prepárate y no tardes, pues yo » marchó al combate. Conduciré contra ti un » ejército como de leones ; os despertaré de » vuestro dulce sueño. Tengo mil doscientos » elefantes, tales que ninguno de los tuyos les » iguala. Levantaré en todo el Iran el negro » polvo de *la destruccion*, de manera que no » se distinguirá lo que estaba alto de lo que es- » taba bajo. »

Ferahd, viendo su enemistad, su poder, su dureza y arrogancia, tan pronto como obtuvo la respuesta á la carta de Kaus, se dió prisa á partir, y volvió rápidamente las riendas de su caballo hácia el señor del Iran. Cuando llegó, le refirió lo que habia visto y oído, y rompió ante él los velos del secreto, diciendo : « Es » mas elevado que el cielo, y no le cede en » fuerza de voluntad. Rehusó someterse á mis » intimaciones, y á sus ojos el mundo carece » de valor. » El rey llamó al Pelewan, y le repitió las palabras de Ferahd. Rustam, el del cuerpo de elefante, dijo á Kaus : « Lavaré á » mi pueblo de esa mancha. Es preciso que » anuncie yo á ese rey que sacaré de la vaina » mi espada de acero. Es preciso que le lleve yo » una carta que corte como una espada, y un » mensaje semejante á una nube que lanza el » trueno. Me presentaré á él como mensajero, » y mis palabras llenarán los rios de sangre. » Kaus le respondió : « Tú haces resplandecer mi » sello y mi corona ; eres un mensajero seme- » jante á una valerosa pantera, y en el campo » de batalla eres leon que lleva la cabeza » erguida. »

Llamó á un escribano, que cortó su caña como la punta de una flecha, y escribió : « Pa- » labras inútiles, impropias de hombre de jui- » cio. Depon esa arrogancia, y ven, como te » intimé, á semejanza de esclavo, ó conduciré » mi ejército contra ti, ocuparé tu tierra con » tropas del uno al otro mar, y la sombra del » perverso Deva blanco invitará á los buitres » á devorar tus sesos. »

Rustam va como mensajero á la corte del rey del Mazanderan.

Luego que el rey hubo sellado la carta, Rustam, que aspiraba á la conquista del mundo, partió despues de colgar de la silla la pesada maza. Al acercarse á Mazanderan, el rey supo que Kai-Kaus le enviaba *nuevo mensajero* con carta, mensajero que parecia leon indómito, que habia suspendido del arzon un lazo de sesenta vueltas y que iba montado en un caballo rápido y tan grande que se hubiera tomado por un elefante de guerra. Cuando el rey del Mazanderan oyó esta noticia, eligió algunos entre sus magnates, y les mandó que se reunieran y salieran á recibir á aquel leon formidable. El

acompañamiento, adornado como la primavera, marchó al encuentro del héroe famoso. En el momento en que Rustam lo descubrió, vió en el camino un árbol de grandes ramas ; lo aferró por dos de estas, lo torció con toda su fuerza, y lo arrancó de raíz sin hacerse daño ; en seguida lo manejó como si fuese un venablo ; el ejército quedó atónito. Cuando estuvo cerca de él, lanzó el árbol, y derribó una multitud de jinetes bajo sus ramas. Uno de los magnates del Mazanderan que precedia á todos los jefes, tomó á Rustam de la mano, y se la apretó para probarlo ; pero Rustam, el del cuerpo de elefante, se sonrió, y los ojos de los circunstantes se fijaron asombrados en él. Á su vez Rustam apretó sonriéndose la mano del caballero, le rompió las venas de la mano y le obligó á ponerse pálido. El que habia querido probar su fuerza, perdió el conocimiento y cayó del caballo.

Uno de ellos corrió al rey del Mazanderan y le refirió desde el principio al fin lo acaecido. Encontrábase allí un caballero, por nombre Kalahur, gloria del Mazanderan ; su indole era de un tigre feroz, y no deseaba mas que combatir. *El rey* le envió á llamar, para oponerle á *Rustam*, pues que ensalzaba su valor en el mas alto grado. Le dijo : « Vé adonde está el » mensajero, y muestra de nuevo de lo que » eres capaz. Haz que su rostro se cubra de » vergüenza ; que las ardientes lágrimas caigan » de sus ojos y bañen sus mejillas. » Kalahur partió como leon valeroso, y se acercó al héroe que marchaba á la conquista del mundo. Le hizo las preguntas de costumbre con aire de tigre y feroz aspecto ; en seguida le alargó la mano, y estrechó con tal fuerza la del elefante que llevaba la cabeza alta, que el dolor la puso livida. Rustam no se torció ; no dejó entrever nada, y elevó su valentía sobre el sol ; en seguida apretó á su vez fuertemente la mano de Kalahur, y cayeron sus uñas como las hojas de un árbol. Kalahur dejó colgar la mano, cuyas fibras, así como la piel y las añas, se desprendian ; en tal estado la llevó y mostró al rey, diciendo : « No te puedo ocultar mi dolor ; » mejor te estará aceptar la paz que combatir. » Cuida de que tu poder no se degrade ; im- » posible es que resistas á ese Pelewan, y si se » contenta con ello, creo que te conviene pa- » garle un tributo ; nosotros lo pagaremos por » el país del Mazanderan, repartiéndolo entre » los pequeños y los grandes ; así aliviaremos » la desgracia. ¿ Debemos preferir arriesgar » nuestras vidas? » En aquel instante Rustam se aproximó al rey, parecido á un terrible elefante. El rey le miró, le indicó un puesto de honor, le preguntó por Kaus y su ejército, y le habló de las fatigas de su larga marcha diciendo : « ¿Cómo hiciste para atravesar estos » valles y estas montañas? » Y añadió : « Eres » Rustam, pues que tienes el pecho y los brazos » de un Pelewan. » Rustam le contestó : « Soy » su servidor, si es que merezco servirle ;

» donde él está, nada me toca hacer á mi, pues » que es un Pelewan, un valiente y un caba- » llero. » Entregó al rey la carta y comunicó el mensaje de su imperioso señor, añadiendo que la espada produciria su fruto, y que él abatiria la cabeza de los grandes.

Quando el rey hubo oído el mensaje y leído la carta, montó en cólera y atónito respondió á Rustam : « ¿De qué sirven todas estas pre- » guntas, todas estas quejas y disputas? Dile : » — Tú eres señor del Iran ; pero, aunque » tuvieses el corazón y la garra de un leon, yo » soy el rey del Mazanderan, tengo ejército, » trono de oro, tiara de oro, y llamarme inso- » lentemente para que comparezca ante ti, no » cuadra á los usos de los reyes ni á la con- » ducta de los creyentes. Reflexiona, y no as- » pires al trono de los poderosos, pues esa am- » bición no hará mas que humillarte. Vuelve » la brida de tu caballo hácia el Iran ; de otro » modo mi lanza acabará con tu vida. Si llego » á ponerme en marcha con mi ejército, no » distinguirás ya tus piés de tu cabeza. Sin » duda la elevada opinion que tenias formada » de ti mismo producirá tu caída ; sigue me- » jores consejos, y deja á un lado el arco, que » cuando yo te vea de cerca, y cara á cara, tu » ardor y tu carácter pendenciero se calma- » rán. » Rustam observó con prudencia el trono, el ejército y la corte del rey. Sus palabras le irritaron, y su cabeza se inflamó al oír tales ultrajes. El rey mandó disponer un regalo real, y colocarlo delante de Rustam el caballero ; pero este se negó á admitir vestidos, caballos, oro, porque despreciaba aquella corona y aquella diadema. Se alejó colérico del trono del monarca, viendo que su estrella y su luna habian perdido el color, y salió de la ciudad del Mazanderan con la cabeza turbada. Cuando llegó al palacio del rey de Iran, su corazón respiraba venganza, y la sangre le hervia. Refirió al rey de Iran cuanto habia dicho y oído en el Mazanderan : en seguida añadió : « Nada temas ; tú eres valiente, prepárate á » combatir con los valientes, y sabe que los » guerreros y los campeones de aquel país son » despreciables á mis ojos y que ante mí no » valen un átomo de polvo ; con esta maza los » destruiré. »

Kaus combate con el rey del Mazanderan.

Tan pronto como Rustam dejó á Mazanderan, el rey de los mágicos hizo los preparativos para la guerra ; sacó sus tiendas de la ciudad, y mandó que su ejército se adelantase en la llanura : el polvo que levantaron los piés de aquella multitud veló el esplendor del sol, y desaparecieron las llanuras, los desiertos, las montañas, fatigándose la tierra bajo los piés de los elefantes. De este modo el ejército marchó con rapidez, y nadie se quedó atras en el momento de la partida. Cuando el rey Kaus reci-

bió la noticia de la aproximación del ejército de los Devas, ordenó á Rustam que se dispusiese para el combate; en seguida prescribió á Thus y á Guderg, á los hijos de Kescwad, á Guiv, á Gurghin y á todos los nobles que preparasen el ejército y tuviesen limpios los escudos y las lanzas. Las tiendas del rey y de los grandes fueron enviadas al desierto del Mazanderan; el ala izquierda fué cometida á Thus, hijo de Newder, y el sonido de las trompetas de cobre retumbaba en el corazón de las montañas. Guderg y Kescwad mandaban el ala derecha, y cubrieron de hierro todas las montañas; el rey Kaus se situó en el centro, y las filas del ejército se extendieron á gran distancia. Delante de todos iba Rustam, no vencido en ningún combate.

Un grande del Mazanderan llevaba al hombro una pesada maza; llamabase Yuya, y siendo grande su ambición, blandía la maza y hería. Se adelantó con permiso del rey, y corrió hácia Kei-Kaus. Brillábase la coraza en el pecho, y las llamas de su espada consumían la tierra. Fué y se acercó á los Iraneses; las montañas temblaron á su voz, y dijo: « El que aspire á vencerme, debe poseer la virtud de cambiar el agua en polvo. » Nadie se presentó á combatir con Yuga; parecía que sus fibras no vibraban, que su sangre había cesado de circular. El rey Kaus gritó: « ¿ Por qué, mis valientes, mis hombres de guerra, vuestros corazones y vuestros semblantes se turban ante la presencia y la voz de ese Deva? » Los guerreros no contestaron al rey; hubiérase dicho que á la vista de Yuya el ejército se había vuelto semejante á una flor marchita. Pero de repente Rustam cogió las riendas del caballo y elevó la luciente punta de su lanza sobre los hombros. « ¿ Quién de vosotros me da permiso de combatir con ese Deva, consagrado á la destrucción? » Kaus le respondió: « Que la empresa sea digna de ti; ninguno de los Iraneses se atreve á arrostrar ese combate. » Vé, y el Creador te ayude; ¡ todos los Devas y los mágicos caigan en tu poder! » Rustam impelió á Raksc el Valeroso, empuñando una lanza que despedazaba las culebras; corrió al campo de batalla, como elefante furioso, montado sobre un tigre y teniendo en la mano una serpiente (el lazo). El héroe tiró de las riendas é hizo saltar el polvo por los aires; el campo de batalla se estremeció con sus movimientos. Dijo á Yuya: « ¡ Oh estirpe malvada! tu nombre está borrado de la lista de las personas que llevan alta la cabeza. El momento de tu retribución ha llegado; no es tiempo de reposo ni de seguridad. La que te dió á luz, la que te crió y llevó en sus brazos, te llorará. » Yuya le respondió: « No te muestres tan confiado en presencia de Yuya y de su espada que siega las cabezas, pues que ahora tu madre va á tener que contristarse y llorar á la vista de tu coraza y de tu espada. »

Rustam, al oír estas palabras, lanzó un grito

de furor, y proclamando su nombre, se agitó como una montaña movable; su enemigo, lleno de asombro, sacudió las riendas del caballo, y volvió la espalda, pues no quería combatir con Rustam. Pero este se precipitó sobre él con la rapidez del rayo, y dirigiendo la lanza al cinturón de Yuya, le hirió en la unión de la armadura y la cota de malla: ninguna hebilla de la armadura pudo resistir. Rustam le sacó de la silla y levantó en el aire; le traspasó como un pájaro que se atraviesa con un alfiler; en seguida le arrojó al suelo, con la boca llena de sangre y la cota de malla hecha pedazos. Los grandes y los guerreros del Mazanderan quedaron atónitos al ver semejante acción; tenían el corazón destrozado y los rostros pálidos, y del campo de batalla se levantó un rumor confuso. El rey del Mazanderan ordenó á todo el ejército de entrambas alas alzar la cabeza y marchar al combate, mostrando su naturaleza de tigres. Los Devas y los Iraneses sacaron las espadas, y se avalanzaron unos sobre otros. En los dos ejércitos se elevó un sonido de clarines y de trompetas; el aire se oscureció, la tierra se puso negra, el fuego de las espadas y de las mazas resplandecía como rayo que brota de una oscura nube; el aire se volvía negro, rojo y violado, tan grande era el número de lanzas y banderas de todos colores. Los gritos de los Devas y el negro polvo, el sonido de las trompetas y el rumor de los caballos de guerra hacían hendirse las rocas y temblar la tierra. Era un combate como nunca se había visto. Las mazas, las espadas, las flechas lo despedazaban todo, y la sangre de los valientes convertía la llanura en una charca de agua muerta. La tierra se parecía á un mar de betún, cuyas olas eran espadas, mazas y flechas. Los caballos de los pies de viento le atravesaban á manera de buque que atreviese el mar, como anhelosos de sumergirse en él. Los golpes de maza llovían sobre los yelmos y morriones, en número igual á las hojas que el viento de otoño sacude.

Los dos gloriosos ejércitos combatieron as durante mas de siete días; el octavo, el rey de Kaus, dueño del mundo, se quitó de la cabeza la diadema de los Keyanidas, y presentándose ante Dios, el señor que da la dirección, permaneció en pie llorando; en seguida se arrojó con el rostro contra el suelo, diciendo: « Señor, Señor, maestro de verdad, dame gloria, y haz que venza á estos Devas animosos que no tiemblan ante aquel que ha creado el viento y la tierra. Haz que el tronco real sea restaurado por mí. » En seguida se puso el yelmo y se colocó al frente de su ejército victorioso. Elevóse un rumor, oyóse el sonido de las trompas de bronce y Rustam se sacudió como elefante. El rey ordenó al valiente Thus, á Guderg, á Zengusc, hijo de Schiaweran, á Rehham y á Gurghim, llenos de valor, que condujesen detras del ejército los elefantes y los timbales. Gurazeh corrió semejante al ja-

balí y con un estandarte de ocho codos de alto en la mano; Ferhad y Kherrad, Burzin y Guiv llegaron seguidos de los grandes, ardiendo en valor. Marcharon al combate exhalando gritos, y aspiraban á vengarse. Rustam fué el primero que atacó el centro del ejército, y lavó la tierra con la sangre de los valientes; Guderg y Kescwad, provistos de armas y timbales, y seguidos de tropas y bagajes, atacaron el ala izquierda; Guiv recorría las filas de los enemigos de izquierda á derecha, como lobo en medio de corderos, y desde la mañana hasta que se puso el sol, la sangre corrió en arroyos, cual si fuese agua; la modestia, la cortesía y la piedad habían desaparecido de todos los semblantes; parecía que el sol hacia llover mazas. Por todas partes surgían montones de cadáveres, y las yerbas estaban mezcladas con sesos; el ruido de los timbales y clarines semejaba al trueno que vuela, y el sol se había cubierto con un negro velo.

Rustam, acompañado de numerosa tropa, marchó en busca del rey del Mazanderan, que por algun tiempo no dejó su puesto, y se mantuvo firme en el campo de la venganza. El rey, los Devas y los elefantes furiosos se opusieron á Rustam; los jefes orgullosos sacaron las espadas, y aquella gran masa de hombres entró en la pelea. El héroe profirió el nombre de Dios, señor del mundo; su escudero le proveyó de lanza; él levantó la maza, y se encendió en ira, su voz atronó el aire, y los gritos del valiente, vencedor del rey, aturdieron á los Devas y aterraron á los elefantes. Toda la llanura se cubrió de trompas de elefante, y por algunas millas no se veían mas que cadáveres. En seguida Rustam pidió una lanza, y fué en derecha adonde estaba el rey del Mazanderan; los dos, el rey mágico y Rustam el Pelewan, exhalaban gritos semejantes á truenos; pero cuando el rey vió la lanza de Rustam, sintió disminuirse su valor y su cólera. El corazón de Rustam hervía de rabia; rugió como león que tiene la fiebre; con la lanza hirió al rey en la cintura; el golpe pasó la coraza y entró en las uniones del cuerpo; pero este cuerpo, por arte mágico del rey, se convirtió á los ojos del ejército del Iran en una roca. Rustam se quedó atónito, y su escudero se detuvo con la lanza apoyada en el hombro. Kaus se dirigió á aquel sitio, llevando en torno de sí elefantes, timbales, banderas y tropas, y dijo á Rustam: « ¡ Oh tú que vas con la frente erguida! ¿ qué ha sucedido para que te detengas tanto tiempo? » Rustam le respondió: « Cuando el mayor calor de la lucha había pasado, y empezaba á brillar mi fortuna victoriosa, el rey del Mazanderan me ha visto precipitarme sobre él con una magnífica lanza en la mano; aflogé las riendas á mi fogoso Raksc, herí con la lanza al rey en la cintura y la cota de malla; mas en el momento en que yo le creía ya vencido y pronto á caer de la silla, se transformó en piedra ante mis ojos, y ahí le

tenéis insensible á cuanto intente. Ahora quiero llevarle al campamento, con la esperanza de que tornará á su antiguo ser. »

El rey ordenó que se le quitase de aquel sitio y se le llevase junto á su trono. Las personas de mas fuerza del ejército trataron de manejar la piedra con cuerdas; pero la roca que encerraba al rey del Mazanderan no se movió. Entonces Rustam, el del cuerpo de elefante, aplicó á ella sus manos, y no necesitó de ayuda: cogió la piedra de modo que llenó de admiración á todo el ejército, y la llevó, á pié, á las siete montañas, seguido de la multitud que exhalaba gritos de alegría, cantaba las glorias de Dios Creador, y esparcía piedras preciosas y oro sobre Rustam. El héroe llevó la piedra ante las tiendas del rey, donde la depuso y entregó á los Iraneses, diciendo: « Aparece ahora, y renuncia á esta cobardía y á estos encantos; de otra manera haré pedazos toda la piedra con acero cortante y hachas. » El rey del Mazanderan le oyó, y apareció á guisa de densa nube, con el yelmo de acero en la cabeza y la cota de malla en el pecho. Rustam le cogió inmediatamente de la mano sonriéndose, se volvió con él hácia el rey, y dijo: « Aquí te traigo aquella piedra, que por miedo al hacha se ha entregado. » Kaus le miró, y vió que no era digno del trono ni de la corona. El Deva tenía aspecto salvaje, elevada estatura, y cabeza, cuello y pies de jabalí. Kaus le echó en cara sus antiguos padecimientos, cuya memoria le destruyó el corazón y arrancó un suspiro, y mandó al verdugo que tomase la cortante hacha é hiciese pedazos aquel Deva. Rustam le cogió al momento de la barba, le quitó de la vista del rey, y le hizo cortar en pedazos segun la orden del ilustre rey; en seguida Kaus envió apresuradamente á uno al campo de los enemigos, y dispuso que todo el botín, de cualquier género que fuese, el oro y el trono, la corona y el cíngulo, los caballos y las armaduras, las espadas y las joyas, se recogiese y amontonase. El ejército se reunió, y el rey distribuyó tesoros á cada individuo segun su mérito y las penas que había sobrellevado; mandó cortar la cabeza á todos los Devas que no adoraban á Dios y eran objeto de horror para el ejército, y arrojarlos en un sitio desierto del camino real; despues se dirigió al lugar de la oración, y confió sus secretos pensamientos al Señor del mundo, al Santísimo, diciendo: « ¡ Oh Señor que dispensas la justicia! ¡ Oh dueño de todas las cosas! tú has llevado mis votos en este mundo, me has dado poder sobre los mágicos, has rejuvenecido mi fortuna que estaba achacosa. » Así continuó orando siete días, tendido en el suelo ante Dios purísimo. El octavo día abrió las puertas de sus tesoros, y dió á todos lo que necesitaban. Así pasó otros siete días, distribuyendo á cada cual segun merecía. La tercera semana, cuando todo estuvo terminado, mandó traer vino y copas de rubí y ámbar, y en siete días

no soltó la copa de la mano. Tal fué su mansión en el Mazanderan.

Kaus, habiéndose sentado en el trono, dijo á Rustam que llevaba alta la cabeza: « ¡Oh Pe- » lewan del mundo entero! ¡tú te has señalado » gloriosamente en todas partes con tu valor, y » por tí he recobrado el trono. ¡Que tu corazón, » tu ley y tu fe resplandezcan siempre! » Rustam le contestó: « En todas circunstancias el » hombre debe cumplir sus deberes: estos » honores los debo á Aulad, que no ha cesado » de indicarme el verdadero camino. Ahora, » según mi sincera promesa, espera obtener el » país del Mazanderan. Es preciso que el rey le » dé su investidura y que esta sea un acto váli- » do, sellado con el sello real, á fin de que se » sienta en el trono del Mazanderan y todos los » grandes le presten homenaje. » El rey prudente oyó estas palabras de su vasallo, y le colocó la mano sobre el corazón; convocó á los grandes del país del Mazanderan, y les dirigió un discurso á propósito de Aulad, al cual confirió la corona; en seguida se puso en marcha hácia el país de Fars.

Kaus vuelve al Iran y se despide de Rustam.

Cuando Kaus llegó al Iran, el mundo desapareció bajo el polvo que levantaba su ejército; el ruido subió al sol, y hombres y mujeres salieron á recibirle con gritos de alegría. Adornaron sus calles todas las ciudades del Iran, y prepararon banquetes, música y canciones. El mundo entero fué rejuvenecido por aquel joven rey, y surgió del Iran una nueva luna. Una vez sentado en el trono, victorioso y feliz, abrió el depósito de sus antiguos tesoros, y un día, sentado también en el trono, mandó venir al pueblo de la ciudad para distribuirle oro. Hubo gran ruido á la puerta de Rustam, el del cuerpo de elefante, y los grandes se reunieron allí y fueron todos alegremente á ver al rey, presentándose ante su augusto trono. Rustam comparció con la diadema en la cabeza, se sentó al lado del monarca, y pidió permiso al dueño de la corona para volver junto á Zal. El rey de la tierra le preparó un presente digno de él y lleno de magnificencia; trono de turquí, adornado de cabezas de corderos, corona real, abundante en piedras preciosas, cojín de brocado semejante al del rey de los reyes, brazalete y cadena brillantes, cien mujeres del rostro de luna, con ceñidor de oro, y cien hombres de los cabellos de almizcle, todo elegancia y belleza, cien caballos con gualdrapa de oro y plata, cien mulos de pelo negro, con frenos de oro, y profusión de magnífico brocado, procedentes de los países de Rum, China y Persia. Llevaron además cien bolsas de monedas de oro, muchos objetos hermosos por su color y agradables por su perfume, una copa de rubí llena de almizcle puro, otra de turquesa con agua de rosa; finalmente, una carta escrita en seda con

almizcle, vino, ámbar, aloe y hollín, y que, en nombre del rey que ilustraba al mundo, daba de nuevo á Rustam la investidura del reino del Mediodía, tanto que, después de esta declaración del rey Kaus, solo él debía ocupar el trono del Nimruz. En seguida el monarca le bendijo, diciéndole: « ¡Permita el Cielo que vivas lo que » el sol y la luna! ¡Que el corazón de los grandes » te cobre afecto! ¡Que tu alma esté llena de » modestia y de ternura! » Rustam se postró y besó el trono; luego se dispuso para la marcha, é hizo cargar sus bagajes. El ruido de los tambores se esparció por la ciudad, y todos los habitantes participaron de la alegría. Preparóse una fiesta, y el sonido de las campanillas se confundió con el de los timbales y las trompas.

Así partió Rustam, hijo de Zal, y el rey se sentó en el trono, haciendo brillar la tierra con su buena conducta y su sabiduría. Kaus, á su vuelta del Mazanderan, repartió el mundo entre los grandes de su reino, y dió á Thus el mando de sus ejércitos, diciendo: « Extirpa del Iran » cuanto malo existe en él. » Después dió el gobierno de Ispahan á Guderz; hecho lo cual, se entregó á la alegría y al vino, y gobernó el mundo gloriosamente. Cortó el cuello á los afares con la espada de la justicia, y nadie pensó en la muerte. La tierra se llenó de verdor, de agua y de rocío; estaba adornada como el jardín de Irem. El rey llegó á ser poderoso por medio de la justicia y de la protección de Dios, y la mano de Arimanes no pudo hacer el mal. Se supo en todas partes que el rey Kaus había conquistado la corona y el trono de Mazanderan, y fué general la admiración de que Kaus se hubiese apoderado del trono del poder. Todos los hombres desfilaban por delante de la puerta imperial, conduciendo regalos y oro, y el mundo se mostró hermoso como un paraíso lleno de justicia y de cuanto el hombre desea.

§ 3. EL PEND-NAMEH.

Además del poema de Firdussi, conocemos muchas poesías persas. Silvestre de Sacy publicó en 1819 en París el *Pend-nameh* ó *Libro de los Consejos* de Ferrid-eddin Attar, poeta que vivió hasta edad muy avanzada desde el año 513 al 627 de la hegira. Es un libro moral y alegórico, que Sacy supo amenizar mezclándole muchas flores persas de autores diversos. Elegiremos algunas:

« La moral es un medicamento amargo; conviene saberla dulcificar como un jarabe perfumado que engaña agradablemente el paladar. Así Saadi posee el arte de paliar con el azúcar el amargor de la escamonea que da á sus enfermos. » SAADI.

« Con qué gusto he oído cantar á un ingenioso, hace algunos días, estos cinco dísticos: — Ayer disfrutaba de todos los placeres de la

vida entre los brazos de una encantadora belleza. Cuando vi su cabeza inclinada en la embriaguez del sueño, le dije: ¡Oh belleza, ante quien el ciprés parece pequeño y humilde! ahuyenta el sueño que cubre tus ojos, semejante á un lánguido narciso; rie con la dulzura del rosal, cuyas flores se despliegan; habla con el acento afectuoso del ruiseñor. ¿Por qué duermes, oh azote de nuestra edad? Ven y tráeme el dulce néctar de tus labios que superan al resplandeciente rubí. Ella abrió los ojos y dirigiéndome una mirada aun turbada por el sueño, me dijo: ¿Me llamas azote y quieres que me despierte? Cuando en el trono se sienta un sultán como el que nos gobierna, ese azote es el único que no duerme. » *Del Bostan.*

« Tú que prendiste mi corazón en la red de tus rizos, el nombre solo de tu ensortijada cabellera es un lazo para los corazones. Sí, todos los corazones están encadenados en los anillos de tus cabellos: cada rizo tuyo es una red, una cadena. Tú, cuyas trenzas me tienen cautivo, sabe que tu esclavo siente orgullo de verse sujeto por tales prisiones. ¿Qué velo se adaptaría mejor á las frescas rosas de tu color que el de tus rizos, negros como el ébano? Los pájaros huyen del lazo; pero ¡oh maravilla! mi alma que no conoce reposo, se deleita en las cadenas de tus cabellos. Tus rizos habitan una región mas sublime que la de la luna: ¡oh, cuán alto es el lugar que tus cabellos ocupan! de su oscura noche surge á cada instante la aurora de la felicidad para Yamí, tu esclavo. » YAMÍ.

« El destino tiene una mano dividida en cinco dedos, y con ella infaliblemente somete á un hombre á su voluntad. Dos dedos le pone sobre los ojos, dos sobre las orejas, y colocándole el quinto sobre los labios, le dice: Calla. » *El mismo.*

« ¿Cuándo ha animado el viento de primavera con su hálito el mundo, sin que le hayan seguido en pos los tristes influjos del otoño? No te lisonjees de que la fortuna, cual tierna madre, te alimente siempre en su regazo: el amor le es desconocido. » *El mismo.*

« La fortuna es inconstante; jamás esperes que te deje en reposo largo tiempo: por un siglo de tormentos nos vende un instante de felicidad. Muellemente acariciado por los mas dulces sueños, apenas empiezas á calentar tu tranquilo lecho, cuando la cruel te toma de la mano: — Pronto, levántate; te hiere en el talón: — Pronto, huye. » *El mismo.*

« ¿Has visto acaso en los huertos y al pié de las colinas lucir por la noche, un gusanillo, con el esplendor de una lámpara? Una persona le dijo: Gusanillo, llama de la noche ¿por qué no sales también de día? — Oid la respuesta luminosa del insecto, hijo de la tierra y partícipe de la naturaleza del fuego: — De día lo mismo que de noche no tengo mas habitación que estos campos; pero en presencia del sol no se me ve. » *El mismo.*

§ 4. EL YAVIDAN KHIRED, Ó SEA EL LIBRO DE LA RAZON ETERNA.

Se refiere á la Narracion, lib. III, cap. 1.

Los Persas atribuyen á Uschenk, su antiquísimo patriarca y rey, así como las instituciones civiles de su país, algunos escritos morales, entre ellos catorce máximas, tituladas: *Testamento de Uschenk*, ó sea *De los deberes del rey*, y el *Libro de la razon eterna* (1). Las primeras fueron publicadas por Guillermo Jones al fin de sus *Commentarii poeseos asiaticæ*: acerca del otro habló Silvestre de Sacy ante la Academia francesa. El original de dicho libro se ha perdido, y solo queda una versión en árabe interpolada probablemente, pero sin duda anterior al islamismo. Empieza así:

« Dios es el principio; Dios es también el término: de él únicamente emana el socorro eficaz; á él se debe la gratitud. Quien conoce el principio, ofrece el homenaje de su reconocimiento; quien conoce el templo, tributa un culto sincero; quien conoce el precio de la existencia (de Dios), se somete con humildad, y quien conoce su beneficencia, se apresura á resignarse y conformarse con sus decretos.

« Esto supuesto (2), la mejor cosa que se ha dado al hombre en este mundo es la sabiduría; el don mas precioso que puede desear en el otro es el perdón; lo mas útil que puede pedir es la salud; la palabra mas excelente que puede proferir es la profesión de la unidad (de Dios). Toda certidumbre principia por el conocimiento de Dios. El sosten de esta ciencia son las obras; las obras descansan sobre la ley; cumplir la ley es seguir el camino del centro. Sucede á los varios ramos de la religion como á los gruesos muros de una fortaleza: si uno se arruina, los demas tardan poco en desmoronarse.

« En cuatro partes se dividen las obras de piedad: ciencia, práctica, sencillez de corazón, renuncia de las cosas del mundo. La ciencia consiste en conocer las leyes; la práctica en ejecutarlas; la sencillez de corazón se adquiere con la mortificación del cuerpo, la paciencia y la abnegación.

« Todo lo que es necesario al hombre se forma de cuatro cualidades; ciencia, prudencia, abstinencia, justicia. La ciencia le sirve para conocer el bien y ejecutarlo, conocer el mal y abstenerse de él; la prudencia le enseña, en cuanto á la religion, á corregirse, y en cuanto á las cosas temporales, á obrar con nobleza; la abstinencia le ayuda á resistir firmemente sus

(1) En el Diccionario que está unido al *Desatir*, las voces *Dravidan Khired* se definen « Conocimientos verdaderos ciencias ciertas, en las que no produce mutación el transcurso de los siglos. »

(2) Es fórmula ritual.

apetitos, á conservar su virtud inmaculada en la necesidad y la miseria; por último, la justicia le impulsa á mantenerse en justo equilibrio, sea en la alegría ó en la cólera. La ciencia y la práctica van unidas como el alma y el cuerpo, y la una no sirve sin la otra. La ciencia es el alma, la práctica el cuerpo, la ciencia el tronco, la práctica las ramás; la ciencia el padre, la práctica el hijo.

» La mayor riqueza consiste en tres cosas: alma sabia, por medio de la cual se conoce la religión; cuerpo capaz de sostener la fatiga, que busca el modo de obedecer las leyes de Dios y acumular buenas obras para la otra vida y para la hora en que sintamos nuestra indigencia; finalmente, disposición á estar contentos con la suerte que Dios nos ha deparado, pues nos ayudará á soportar las privaciones de las cosas que podemos desear ó aguardar de los hombres.

» Destierra del corazón el deseo, y romperás los grillos que sujetan tus piés, y tu cuerpo disfrutará de reposo: el hombre que se contenta con su estado es rico, aunque sufra hambre y desnudez; el ambicioso es pobre, aunque posea el mundo entero. La dulzura consiste en renunciar á la venganza cuando se está en posición de tomarla.

» Las riendas de la salud se hallan en mano de la enfermedad; la cabeza de la salud bajo el ala de la desventura; la puerta de la seguridad está cubierta por la cortina del temor. Si te encuentras enfermo, infeliz, asustado, espera la condición contraria: no te expongas por tí mismo á flechas mortales, pues que el tiempo es el enemigo de los hijos del hombre: mantente lo posible en guardia contra los ataques de tu enemigo. Si reflexionas sobre tí mismo y sobre tu enemigo, no necesitarás de consejos ajenos.

» Astucia vale mas que fuerza, y la lentitud es preferible á la precipitación. La impetuosidad en la guerra hace mas que la razón: el que piensa en lo que será después, alimenta el miedo. Guerrero, acude á la astucia, y vencerás: no pienses en las resultas ó huirás derrotado.

» El que oye no desmienta nunca al que habla, sino en tres casos: si afirma que un insensato ha soportado con valor una desgracia; que un hombre de juicio se ha mostrado rencoroso con su bienhechor, ó que una suegra quiere á su nuera.

» Hay tres cosas que no sacian jamás: la salud, la vida y las riquezas. Cuando la enfermedad procede del Cielo, los remedios son ineficaces. ¡Qué excelente remedio es la muerte! (1) ¡Qué terrible enfermedad la esperanza!

» Tres cosas no se consiguen por medio de otras tres: las riquezas con el deseo, la juventud con el colorette, la salud con las medicinas. Tres cosas hay cuya hermosura realzan tres

(1) También en los poetas gnómicos Εσθ' ó θάνατος λαιστός Ιατρός νόσων.

circunstancias: asistir á los necesitados cuando tienen hambre; decir la verdad cuando se está colérico, y perdonar cuando es uno poderoso.

» Al desaparecer la buena fe, se presenta la desventura; al morir la virtud, vive la venganza. Todo se ha perdido, cuando se encuentran la prudencia en el que no atiende al parecer de nadie, las armas en las manos del que no las emplea, el dinero en la bolsa del que no lo gasta.

» Tres cualidades son esenciales á un rey: diferir el castigo siempre que se sienta dominado por la cólera; recompensar prontamente las buenas acciones; tener paciencia y saber contemporizar en los casos desagradables. Diferiendo el castigo, se reserva el poder de perdonar; apresurándose á recompensar los hechos que lo merezcan, se atrae una obediencia mas pronta por parte de sus súbditos y de los guerreros; usando de paciencia, deja mas ancho curso á la prudencia y á la manifestación de los designios mas sabios. Una persona prudente, cada vez que vacila al adoptar un partido, es semejante á aquel que, habiéndosele extraviado una perla, recoge todo el polvo al rededor del sitio en que ha caído, y luego lo pasa por el tamiz hasta que encuentra la joya. Así el prudente reúne todos los pareceres relativos al negocio que le ocupa, los examina, excluye varios, y al fin del examen toma el consejo que mas le conviene.

» El rey no será rey hasta que no coma el fruto de los árboles que él mismo plantó, hasta que no lleve vestidos tejidos pose su mano, hasta que no se case con una mujer nacida en su palacio, hasta que no monte un caballo domado en sus caballerizas.

» Aquel á quien no hace insolente la riqueza, ni la pobreza envilece, ni las desgracias abaten, ni ciega la falsa seguridad en la inestabilidad de la fortuna, y que no olvida las consecuencias de sus acciones, es hombre verdaderamente perfecto.

» Ocho cualidades puede decirse que son naturales á los insensatos: ponerse coléricos sin motivo, dar á quien no lo merece, emplear la fuerza en cosas inútiles, no distinguir á un amigo de un enemigo, comunicar un secreto á quien no es digno de confianza, fiarse en personas que no se han probado, tener buena opinión de quien carece de razón y buena fe, hablar mucho sin utilidad.

» Hay cuatro cosas de las cuales la mas pequeña porción parece grande: el dolor, la pobreza, el oprobio, la enemistad. El que se desdeña de trabajar para sí, se verá obligado á trabajar para los demás. Si eres feliz, acuérdate de que tu dicha acabará; si desgraciado, piensa que el infortunio no durará siempre: nada es mas conveniente para prolongar la duración de la felicidad que preservarte de la arrogancia y aliviar tu dolor.

» En los casos desagradables se conocen las virtudes del hombre: en los viajes se pone á

prueba su carácter. El que hace bien á los hombres, los convierte en esclavos suyos. Apartándose de las cosas del mundo se afirma la sabiduría, y con el auxilio divino se hace provisión de buenas obras. No se doma el caballo de la ciencia, sino dejándose guiar por el que lo entiende. Aquel cuyas intenciones son rectas elige la sociedad de las personas honradas. El amor de la salud enseña á renunciar á las pasiones: el temor de la vida futura á evitar las culpas. Enemistarse con un tonto vale tanto como atraerse la amistad de una persona sensata. El envidioso no llegará nunca al primer puesto. Las mejores reglas de conducta son: no hacer ostentación de lo que se sabe, no tratar de dominar á aquellos sobre quienes no se

tiene poder, no descuidarse en el estudio de las ciencias que se desean poseer.

» Tres clases de personas no experimentan, ni aun fuera de su patria, la soledad y el abandono, y hallan en todas partes alegre acogida; el valiente, pues, donde quiera que vaya se necesita de su valor é intrepidez; el docto, pues, que se acudirá á su ciencia; el elocuente, pues, que la dulzura de sus palabras le permite hablar en cualquier sitio. En tal concepto, si no os ha tocado en suerte la firmeza de corazón y la valentía, no olvidéis el estudio de la ciencia y la lectura de los libros, porque ellos contienen la instrucción y los preceptos que escribieron vuestros predecesores, á fin de que su lectura diese nuevo vigor á vuestra razón.